

plir sereno, la órden que le dí, una bala de cañon le llevó una pierna.

En vista de esto, mandé al general Ghilardi, á quien acababa de entregarle el punto, que suspendiera aquella humanitaria y filantrópica operacion, y se limitara á levantar los heridos y cadáveres que estaban diseminados en los corredores, piezas y patio del edificio, procurando que todos los auxilios que se impartieran á los primeros, fuera con una igualdad absoluta, esto és, que los heridos franceses se levantáran y fueran conducidos á los hospitales al mismo tiempo que los mexicanos.

Dos horas permanecí en aquel edificio. Las órdenes que dí al general Auza la mañana de ese dia, se las dejé tambien al retirarme al señor Ghilardi, quien al recibirlas me dijo: que su palabra de honor me respondia del cumplimiento de ellas.

Por los informes dados por algunos de los prisioneros que se nos hicieron en San Javier y que lograron fugarse del campo enemigo, supe: que otros de los prisioneros estaban en poder de Márquez, y los demas dedicados á rudos trabajos de zapa en los campamentos franceses.

Por mi parte observé una conducta diametralmente opuesta, para no hacer mas dura y violenta la situacion de los prisioneros enemigos, que no tenian otro delito que haber caido en nuestro poder llenando honrosamente sus deberes de soldados. Dí al efecto órdenes desde principios de ese mes, para que ninguno de ellos fuera empleado en trabajo alguno; porque quise dar una prueba, observando para esto el mismo programa que el gobierno de mi país, de que aceptaba México la guerra injusta que se le hacia, pero de una manera digna y caballerosa, y sin barrenar en lo mas mínimo los principios del derecho de gentes; ni las prácticas que para templar los rigores de la guerra, ha introducido la civilizacion.

Multitud de cartas de oficiales y soldados franceses dirigidas á los compañeros y jefes que tenian fuera de la plaza, á

sus familias residentes en Paris y otras ciudades de Francia, y al general en jefe del cuerpo de ejército de Oriente, demostraban lo que acabo de manifestar. En ellas se decia: que al ser hechos prisioneros no habian visto dentro de la plaza y por todas partes, sino la humanidad y la civilizacion; que habian sido visitados por oficiales mexicanos decentes é instruidos, y recibido de ellos atenciones de exquisita delicadeza, cuando por los informes apasionados que recogieron en Francia, tenian una idea muy triste de los hombres que con las armas defendian en México las instituciones democráticas; que la Francia era una nacion culta y poderosa, y que ellos habian visto y palpado que México hacia esfuerzos por nivelarse á aquella nacion, y que por lo mismo México no podía ser enemigo de la Francia, ni la Francia enemiga de México; que ellos hacian los mas sinceros votos por que se arreglaran bien pronto las diferencias habidas entre uno y otro país, y que tenian esperanza de que esto se realizara, segun las cartas que habian recibido últimamente.

En cópias, y por distintos correos remití esas cartas al supremo gobierno, cartas que hacian un justo y merecido honor á México. Los correos cayeron en poder del enemigo, segun lo he inferido, tanto porque no volvieron á la plaza, como porque despues de mi salida de ella, no ví en los diarios de la capital de México, publicados aquellos documentos, sino los pocos que inserto en seguida con relacion al objeto de que me ocupo.

“Seccion de operaciones.—Puebla, 28 de Abril de 1863.—Al señor general del ejército mexicano.—Señor general en jefe.—Tengo el honor de darcs las gracias á nombre de todos los oficiales, sargentos y zuavos prisioneros franceses, por la bondad, fineza y benevolencia que hasta hoy no habeis cesado de mostrarnos; nuestro reconocimiento es tan grande cuanto puede sentirlo nuestro corazon. Me habeis concedido, mi general, que forme una lista de los prisioneros y de los heridos que se hallan en vuestros hospitales cuidadosamente asistidos. Habeis tenido tambien la bondad de autorizarme

para hacer comprar tabaco y distribuirlo entre los mismos, y por esto, mi general, os debo un gran reconocimiento que es la espresion del de todos mis compañeros.

Al adjuntaros el parte que dirijo á mi coronel, tengo el honor de someterlo á vuestro exámen, á fin de que tengais la bondad de hacerlo llegar á su destino.

Ayer he visitado á nuestros heridos, y he sabido por ellos cual ha sido la manera con que el ejército mexicano trata á sus enemigos, y estoy complacido de ver que la humanidad se manifiesta por todas partes.

Con el fin de evitar en las salas en que se encuentran nuestros heridos, pequeños disgustos entre sí, emanados por sus sufrimientos y dolores, tengo el honor, mi general, de someter á vuestra aprobacion un aviso que he redactado con objeto de mantener la disciplina; si lo juzgaseis á propósito y conveniente, os suplico que me autorizéis para hacerlo leer en los departamentos donde se encuentran nuestros soldados.

Esto no es mas que una simple medida de orden, relativa á nuestros intereses respectivos.

Recibid señor general en jefe, las seguridades de mi gran reconocimiento y aceptad de todos nosotros las gracias mas sinceras.

Vuestro muy respetuoso servidor.—(Firmado.)—*Blotd*, capitán del primer regimiento de zuavos, prisionero de guerra.

“Aviso.—El infrascrito, capitán del primer regimiento de zuavos, prisionero de guerra en Puebla, pone en el conocimiento de sus compañeros de infortunio, la bondad con que ha sido tratado por el señor general en jefe del ejército mexicano, y el favor que de dicho señor ha recibido, concediéndole el permiso de visitar los hospitales militares en los que se están curando muchos de nuestros soldados, por lo cual le dá las gracias con todo su corazon y á nombre de todos.

Aprovecho tambien esta ocaion para recordar á cada uno de los sargentos, cabos y soldados prisioneros que se encuentran en los establecimientos ú hospitales militares, que importa sea dignamente observada la bella disciplina francesa.

Cada uno debe considerarse feliz en medio de las desgracias de la guerra, cuando se tiene por enemigos á hombres dotados de humanidad. Al visitaros, prisioneros heridos, yo mismo he visto, y á vosotros he oido decir, que estábais tan bien como lo pueden permitir las circunstancias, esto es, en camas, tratados con bondad, y aún con mucho cuidado; demos las gracias todos á los jefes de estos establecimientos, así como á los médicos que tan bien conocen la humanidad. ¿Puedo contar con vosotros? Pues bien, observad la disciplina de que siempre habeis dado prueba.

Muchos de vosotros teneis heridas graves, haceldas mas honrosas, mostrandooos en medio de vuestros sufrimientos con toda la energia y abnegacion de que seais capaces; aceptando vuestra posicion. Sed humildes sin rebajaros, subordinados á vuestros jefes en los establecimientos donde os encontrais. ¿No estais seguros del bien que se os ha hecho? Los hospitales no siempre tienen los recursos suficientes para todas las víctimas de la guerra, y puesto que nuestro enemigo os cuida con igualdad á las suyas, mostraos respetuosos hácia sus agentes.

A fin de asegurar el orden en las salas, importa que los prisioneros heridos y aquellos á quienes el señor general en jefe ha hecho designar como enfermeros auxiliares, sean sumisos y observen una conducta ejemplar.

El sargento 1.^o Merlier pasará diariamente por mañana y tarde á las salas destinadas á los prisioneros franceses, y se asegurará de que no hay queja alguna de nuestros soldados: y que estos se muestran reconocidos hácia los señores doctores, enfermeros y á todo el personal de los hospitales, previniéndoles al mismo tiempo sean respetuosos con las buenas hermanas de la caridad, que así como las nuestras se sacrifican por la humanidad:

El sargento Labrunié será encargado especialmente del buen orden de las salas y responsable de él.

Puebla, Abril 28 de 1863.—El capitán del primer regimiento de zuavos prisionero, *Blotd*”

Carta del subteniente del primer regimiento de zuavos Duchesné, á sus padres.

"Puebla, 28 de Abril de 1863.—Amados padres:—Aunque esta carta está fechada en Puebla, no crea vdes. que somos dueños de la ciudad, pues no es así. Tomé parte con mi batallón en una empresa desgraciada, y fui hecho prisionero en unión de muchos de mis compañeros, y herido en el brazo derecho por una metralla, en la pierna derecha por una bala de fusil y en la cara por unas piedras. Sin embargo de esto, estoy aliviado, y dentro de veinte días estaré completamente restablecido. No tengan vdes. cuidado por mi cautividad, estamos en poder de un enemigo generoso que nos guarda todas las consideraciones debidas á nuestra desgraciada situación. He escapado de la muerte como por milagro, y sin embargo de tantas heridas, me considero muy feliz de haberme librado con tan poco daño. Recibí la libranza que vdes. me mandaron por el correo.

El 25 de Abril fué el día que nos hicieron prisioneros, y de 500 hombres próximamente que tomamos parte en el combate, solo 70 á 80 quedaron sanos.

Adios amados padres etc., etc.—(Firmado.)—*Duchesné.*"

Carta del capitán Bloté al subteniente Derné.

"Puebla, 28 de Abril de 1863.—Mi querido Derné.—Espero que al recibir esta, estará vd. fuera del hospital, y que será vd. el comandante de los restos de la 8.ª compañía que quedó en el campo.

Fui hecho prisionero el día 25, y he recibido todas las atenciones que se pueden desear, así como todos mis compañeros. Nada podemos imaginarnos de la suerte que ha corrido el resto del batallón. Los oficiales mexicanos que hemos visto, son amables, (*charmants*), y el señor general en jefe que nos visitó, se mostró escusivamente digno y benévolo para todos.

Nuestro pobre sargento 1.º murió ayer á causa de sus heridas, despues de haberse mostrado tan bravo en el peligro.

Nuestro batallón está de desgracia: aquí estamos tres oficiales: Abril yo y Salata que no tenemos mas que nuestros uniformes desgarrados y agujerados por las balas. Deveaux, St. Hilair, y Bormchligel fueron muertos; á La Louette le desarticularon el brazo izquierdo; Deemilly Mejon, Duchesné, Mathieu y todos nuestros heridos, tienen dos ó tres heridas el que menos. Gallaud está bueno.

No teniendo ropa aquí, espero nos la mandarán.

Estamos perfectamente tratados, á Dios gracias, y os aseguro que yo no me esperaba encontrar aquí oficiales como los que nos visitan diariamente, son muy amables, hablan el frances y respetan nuestra desgracia.....

En mi parte que dirijo al coronel están los nombres de los muertos, heridos y prisioneros de cada una de las compañías que han llegado á mi conocimiento; con los que yo menciono y con los que están presentes de la compañía, deducireis con pena que ascienden á un gran número los soldados enterrados por los mexicanos.

Agregue vd., á las pérdidas mencionadas, todo el armamento y los efectos de campamento....—(Firmado.)—*Bloté.*"

En los combates del día 25 de Abril y noche precedente consumimos cerca de un millón de tiros de fusil y una gran cantidad de tiros de cañón.

El 26 di orden de que se economizaran de cuantas maneras se pudiera, las municiones de esta última arma, para prolongar la defensa de la plaza hasta donde humanamente fuera posible. Previne además al comandante general de artillería que no se dispararan cañonazos para demoler edificios, aun cuando estos se halláran ocupados por fuerzas francesas, y que solo se hiciera jugar nuestra artillería, cuando por los movimientos y asaltos del enemigo, se creyera de absoluta é imperiosa necesidad hacerlo. Le previne tambien, que personalmente recorriera las líneas y diera las instrucciones correspondientes á sus subordinados, con el objeto de que aquella orden quedara exactamente cumplida, orden que verbalmente se comunicó al mismo tiempo por el cuartel general á los generales que se hallaban al frente de las líneas atacadas.

En la tarde del mismo día 25 que escribí la carta que dejo inserta, le dirijí otra reservadísima al señor general Comonfort, encareciéndole en ella la necesidad que habia de que se moviera al día siguiente con sus fuerzas sobre la línea enemiga que circumbalaba á Zaragoza, suplicándole que si aceptaba mi proposicion, se sirviera darme aviso de cuales eran los

puntos por donde debia hacer su marcha y hácia que campamento se dirijía, á fin de hacer salir una ó dos fuertes columnas de la plaza, para que simultáneamente atacáran un punto dado tanto las fuerzas del citado general, como las pertenecientes al cuerpo de ejército que yo mandaba.

Le decia tambien: que el movimiento, ejecutado con la prontitud que le indicaba, lo veria indudablemente el enemigo, como el resultado de la derrota que sufrieron sus columnas el 25, y que si no conseguimos con ese movimiento una victoria decisiva, sí obligáramos á los franceses á levantar el sitio ó á reconcentrar sus tropas en los puntos mas fuertes que tuvieran, lo que importaria tambien, bajo otro aspecto, el triunfo de nuestras armas, porque le quedarian medios á la plaza de proveerse de lo que necesitaba.

Manifesté por último á dicho señor general: que por falta de municiones de boca y guerra, la plaza no seria posible que continuara defendiéndose, sino por el término de ocho dias á lo mas, y le recomendaba que lo espuesto se sirviera ponerlo en conocimiento del gobierno supremo.

Reservadamente interrogué á los generales Mendoza y Paz, encargado uno como cuartel maestre de los almacenes de víveres, y el otro de los de municiones de guerra como comandante general de artillería, si los elementos que nos quedaban eran suficientes para defender la plaza por ocho dias mas: unánimemente me manifestaron que no, demostrándome con los estados respectivos, que los víveres habian concluido y solo existian unas cuantas fanegas de legumbres secas, y que si los ataques eran fuertes, continuados y rudos como en los dias anteriores, nuestras municiones de guerra concluirían antes de cinco dias.

A los citados generales les dije que era indispensable cumplir la oferta que habia hecho, aunque para ello tuvieramos que tocar los extremos: en consecuencia previne al general Mendoza que pusiera comisiones, bajo la inspeccion del comisario ordenador de víveres, para que con todo el comedimiento posi-

ble, ó rompiendo los cerrojos y azoteas, si esto era necesario, fueran cateadas todas las casas del Oriente de la ciudad, con el objeto de sacar de ellas los víveres que se encontráran, previo un riguroso inventario y avaluo; y al general Paz, que se compráran, ó se sacáran de las tiendas, boticas y casas particulares, todos los ingredientes necesarios para la construccion de pólvora, ya fuera negra, blanca, ó de algodón.

Estas medidas, aunque no nos dieron un resultado sumamente satisfactorio, si nos sirvieron de mucho en los dias que faltaban de sitio.

El general Comonfort no creyó conveniente aceptar mis proposiciones, pero me contestó oportunamente, diciéndome: que para salvar su responsabilidad, ya pedia por extraordinario instrucciones al gobierno, respecto del contenido de mi carta, cuyas instrucciones nos servirían á ambos.

Aunque en general estaba aprobado por el mismo gobierno mi plan militar, quise no obstante tener una regla á que sujetar mis operaciones respecto de algun incidente imprevisto que pudiera presentarse en el curso ordinario de los sucesos, y pedí por lo mismo instrucciones al superior, repitiéndole, como lo habia estado haciendo en todas mis cartas, que el honor de nuestras armas se salvaria de todas maneras, sin perjuicio de dejar cumplidas las órdenes que se me dieran.

Del dia 25 al 29, celebré dos armisticios con el general frances, los que tenian por objeto levantar los cadáveres de una y otra parte, que se hallaban insepultos en las calles, entre los escombros de algunas manzanas, y en una gran parte de la llanura situada frente á la línea del Carmen á Santa Inés. Yo mismo propuse que el término que debían durar esos armisticios no pasara de dos horas.

Durante aquellas suspensiones de armas, permití que se remitieran del campo frances á los prisioneros que se encontraban dentro de la plaza, sus equipajes y correspondencia epistolar.

Propuse tambien al general Forey, que los cadáveres de uno y otro ejército se levantáran indistintamente, sin que el frances se limitara á recojer los suyos, y el mexicano los que le pertenecian, cuya proposicion fué admitida, mandándome decir en respuesta aquel general, de un modo cortés y comedido, que todo se haria en los términos que yo estimara por conveniente.

En esos dias los fuegos continuaron con alguna actividad, si bien el enemigo se limitaba solo á hostilizar la plaza por medio de sus proyectiles, sin intentar abrir otras brechas para dar nuevos asaltos, ni intentar tampoco atacar la ciudad por alguno de los muchos puntos abiertos que la circunvalaban.

Para inspeccionar el número de fuerzas que tenian los franceses en cada una de sus posiciones, y examinar cual era el punto mas débil ó mas conveniente, por donde nosotros pudiéramos emprender la salida cuando fuera necesario, ordené el dia 27 á los generales Berriozábal, Alatorre y Llave, que en la tarde de ese mismo dia y á la hora que al efecto señalé, rompieran los fuegos de fusilería y artillería sobre la línea enemiga, y al primero de dichos ciudadanos, que cuando se hubieran generalizado aquellos, mandara asaltar, con una fuerza pequeña de su division, la manzana que ocupaba el ejército frances, y que se halla al Sur de la calle de la obligacion, diciéndole tambien que aquel asalto no tenia por objeto sino única y exclusivamente, apoderarse de ella el tiempo puramente necesario, para incendiar los escombros en que se hallaba convertida, de los que estaban aprovechándose los invasores.

Ordené igualmente al general Mendoza, que diera las disposiciones correspondientes, para que á la hora citada se dejaran ver por la llanura, y en los puntos no fortificados, las reservas de la 4.^a y 5.^a division entre los fuertes de Zaragoza é Ingenieros, y entre este último y el del Cármen, como en actitud de amago á la línea francesa establecida al frente de aquellos fuertes; y al general Negrete, que saliera de la plaza con su division y algunas otras fuerzas que le agregué, sobre

los campamentos enemigos situados entre Rancho Colorado y Santa María, y que cuando se hallara inmediato á ellos, hiciera jugar su artillería, replegándose á la plaza tan luego como yo se le ordenara por medio de un signo telegráfico convenido, para cuyo efecto me coloqué con una bandera sobre la torre de Santo Domingo.

Todas estas órdenes fueron exacta y valientemente cumplidas, obteniendo por resultado de ellas, lo que me habia propuesto conseguir.

El dia 29 escribí al señor general Comonfort, diciéndole: que habiendo concluido las municiones de boca y guerra con que contaba la plaza y no teniendo de donde sacarlas, ya no me seria posible seguir defendiéndola, y que por lo mismo, y dejando tranquila mi conciencia, habia llegado el dia de romper el sitio, lo que tendria que verificar el 2 de Mayo, arrollando dos de los campamentos retrincherados del enemigo: lo escitaba igualmente para que colocándose en un punto dado, llamara la atencion de los sitiadores y auxiliara la operacion que yo tenia que practicar.

Al comandante general de artillería le ordené, que alistara setenta piezas colocándolas en las plazuelas que se encontraban á retaguardia de nuestras líneas atacadas, pero que esta operacion debia hacerla con tanta reserva, astucia y precaucion, que no pudiera ser notada ni aun por los mismos soldados de nuestro cuerpo de ejército. Le previne ademas, que tuviera listos y preparados los medios que debian servirle, para romper, á la hora que se le dijera, las piezas de artillería que no podiamos sacar de la plaza; porque estaba resuelto á arrollar una parte del cerco, para que emprendiera su salida por ese punto, el cuerpo de ejército de mi mando; pero que este movimiento queria hacerlo de un modo que no indicara una fuga, sino la ejecucion de actos meditados fria y glacialmente, y llevados á cabo con calma, aunque motivados por la necesidad. Le previne por último que alistara las acémilas en que debiamos conducir, para romper la línea enemiga, las pocas

municiones de guerra que nos quedaban, dándole dos ó tres dias de término para que simuladamente pudiera concluir estos trabajos.

Ni aun á este general, que me inspiraba tanta confianza y que se hallaba constantemente á mi lado, quise revelar el punto por donde debíamos hacer la salida, ni el día ni hora en que tendríamos que verificarla. Esta revelacion solo tuve que hacerla al general Comonfort, por creerlo asi conveniente, y solo respecto del señalamiento del dia.

A los generales que mandaban divisiones les previne reservadamente: que con cuanta precaucion fuera posible, comenzáran á retirar las fuerzas que teníamos en nuestras líneas avanzadas, con el objeto de que á la hora en que se les diese la orden correspondiente, se pudiera hacer un movimiento general de todos los puntos que ocupábamos, sin que fuera notado por el enemigo, ni previsto por nuestras tropas.

Tuve, respecto de este mismo negocio, algunas conferencias con el general cuartel-maestre; y aunque este señor pulsaba algunas dificultades para que se llavara á cabo con buen éxito la empresa que yo estaba resuelto á acometer, me dió los informes que le pedia relativos á las avenidas de rueda y de herradura, que conducen de Zaragoza á distintas poblaciones.

Las dificultades que pulsaba el citado señor general consistian, en lo inmediato que se hallaban las fortificaciones del enemigo de las nuestras, y que por esto era casi imposible, militarmente hablando, hacer un movimiento general que no fuera percibido por aquel; y en la poca potencia de nuestra artillería movable para abrir brechas, con la prontitud que requeria el caso, en los parapetos levantados por el ejército frances para obstruir y defender el paso de las carretas.

Estas juiciosas observaciones no carecian de fundamento; mas como yo me encontraba resuelto á dar el paso referido, por que lo creí de mi deber, me aproveché y aprecí en lo que valian las indicaciones de aquel general, pero no cambié á la in-

fluencia de ellas mi plan, y contando con el patriotismo, valor y conocimientos militares del mismo señor Mendoza, le dije: que iba á poner á sus órdenes uno ó dos batallones, y á eu cargarle la defensa de algunos muros de la ciudad, inter yo con el resto de los generales rompía el cerco puesto á Zaragoza, y que como la fuerza citada debia perderse y caer prisionera, le dejaria la orden correspondiente, firmada de mi puño, á cuyo efecto lo comisioné para que él mismo formara la minuta.

Su contestacion á mis proposiciones, que aun no tenían el carácter de una orden, fué decirme: que él pertenecía á su patria como soldado y como ciudadano, y que por esto yo podia disponer de su persona en los términos que lo estimara por conveniente.

Se hicieron los aprestos respectivos, y cuando todo se hallaba listo, recibí la contestacion del general Comonfort, en la que me indicaba, suspendiera el paso que iba á dar, tanto por las instrucciones que me acompañaba del supremo gobierno, como porque el ciudadano presidente de la República llegaria dentro de algunas horas á San Martin de Tasmelúcan, que era el cuartel general del cuerpo de ejército del Centro, y como en comprobacion de su aserto, me transcribió un mensaje telegráfico suscrito por uno de los señores ministros y fechado en Riofrio.

Las instrucciones á que aludo, motivadas por mis cartas y por las del general Comonfort relativas al movimiento que le indicaba hiciera el dia 26, eran dirigidas oficialmente al citado general, y á mi solo se me transcribian en la misma forma. El contenido de ellas, como lo recordará el supremo gobierno, era en extracto el siguiente.

Decia el señor ministro de la guerra: que el ciudadano presidente de la República estaba persuadido que el cuerpo de ejército de Oriente, continuaria defendiendo, como lo habia hecho hasta entonces, la plaza de Zaragoza, mientras no le faltáran municiones de boca y guerra, y que por lo mismo imponia al general Comonfort, como primera y urgentísima obli-

gacion, la de introducir víveres á la ciudad atacada: que si esta operacion fracasaba por algun incidente desgraciado, el cuerpo de ejército del Centro debería proteger de cuantas maneras le fuera posible, la salida del de Oriente; y que si ni aun esto podía llevarse á cabo con buen éxito, el gobierno prefería afrontar todas las consecuencias, y queria por consiguiente, que se librara una accion, á la que concurrirían ambos cuerpos de ejército, al mando del general en jefe del de Oriente.

El citado general me manifestaba, al acompañarme estas instrucciones, que por su parte iba á cumplir con lo que en ellas se le prevenia, y al efecto me comunicaba, que la introduccion del convoy la verificaria por San Pablo del Monte, por cuyo rumbo esperaba que auxiliara sus operaciones el cuerpo de ejército de mi mando, y que los puntos y caminos por donde debia hacer su marcha el convoy, así como los dias en que se verificaria ésta, me los señalarian durante la noche unas grandes fogatas, y en el dia fuertes y visibles humaredas.

En vista de esto, contesté en el acto que prescindia salir de la plaza, una vez que se iban á introducir á ella los víveres que tan imperiosamente necesitaba ya; y le decia tambien al general Comonfort, que aprobaba por lo concerniente á la plaza, el plan que me acompañaba, ofreciéndole que las tropas de mi mando protegerian decididamente las operaciones del cuerpo de ejército del Centro.

Inmediatamente dí orden al cuartel-maestre para que se colocáran vigias, perenne y constantemente sobre las torres de catedral y cerro de Guadalupe, á fin de que estuvieran pendientes de las señas telegráficas que se habia propuesto darme el general Comonfort para que protejera sus movimientos.

Ordené igualmente al general Negrete, que estuviera listo con la reserva general, para que hiciera una salida fuera de la plaza, y aun mandé preparar tambien con el mismo objeto, una de las brigadas de la 1.^a division al mando del coronel, hoy general Caamaño.

Cuando recibí los pliegos del señor Comonfort, recibí tambien una carta del ciudadano presidente de la República, en la que me decia: que mucho muchísimo habríamos conseguido si el general Comonfort, en vez de haber pedido instrucciones al gobierno, se hubiera movido el dia 26 como yo se lo indicaba.

Con esta carta venia una noticia reservada, procedente del ministerio de la guerra, respecto de las casas particulares en que se encontraban algunos víveres, de cuya noticia me aproveché en el acto, dándome esto por resultado, que pudieran mantenerse las tropas de mi mando por algunos dias mas.

Las obras de contravalacion á la plaza continuaban con mucha actividad, aunque al principio indicaban ser paralelas que construia el enemigo para atacar algunos de nuestros fuertes, y así lo decia el 2 de Mayo en la carta que inserto en seguida, y cuyo contenido ratifico.

“Señor general D. Ignacio Comonfort.—Mi querido amigo y compañero.—Hoy recibí, sin duplicado, la apreciable de vd. fecha de ayer, y que viene señalada con el número 12.—Quedo enterado de cuanto en ella se sirve comunicarme.—Ya dije á vd. que acepto sus indicaciones.—Mucho celebro la llegada del señor presidente y sus ministros á San Martin.—El enemigo ha comenzado un trabajo formal de zapa al frente de Santa Anita.—Probablemente esta noche dejará concluida su primera paralela para atacar aquel fuerte.—Cerca de uno de los salientes de los baluartes del mismo, se halla otro ramal de la última paralela que construyó el enemigo para tomar á San Javier, cuyo ramal parece que se ha llevado hasta el punto en que se encuentra actualmente, con el objeto de atacar el bastion Sud-Oeste del mencionado fuerte de Santa Anita.—Se han comenzado otras obras de zapa de no mucha importancia frente al cerro de Guadalupe, pero fuera de tiro de cañon de aquel fuerte.—Ayer y hoy los fuegos han sido lentos por una y otra parte.—Pocos muertos y heridos hemos tenido.—Continuamos trabajando sin descanso, en el mismo sentido que lo hace el